

Maikäfer flieg! ¡Vuela, mariquita!

O una mirada al abismo histórico

.....
Federico Manfred Peter

Historiador

*Maikäfer flieg!
 Dein Vater ist im Krieg,
 Deine Mutter ist in Pommerland.
 Pommerland ist abgebrannt.
 Maikäfer flieg!*

¡Vuela, Mariquita!
 Tu padre se fue a la guerra,
 Tu madre está en Pomerania.
 Pomerania ha sido quemada.
 ¡Vuela, Mariquita!

No habrá ninguna madre de habla alemana que no haya cantado esta canción de cuna a sus niños. El texto es sencillo, la melodía fácil, el contenido conmovedor:

¡Vuela, pequeña mariquita, sola y abandonada, huérfana de padre y madre! Ambos perecieron en la guerra: ‘Krieg’ es la palabra en alemán; y es de género masculino: *der Krieg*. Esta palabra que —según Ernest Hemingway, reportero y testigo de numerosas guerras— causa escalofrío a quien la pronuncia conscientemente.

Krieg significa ‘guerra’ en español, pero no es exactamente lo mismo. Ambas palabras tienen raíz germánica: ‘Kriec’ (alemán medieval), acción violenta de agresión. El sonido metálico chirriante de la palabra es impresionante: onomatopeya muy característica del idioma alemán. ‘*Warjan*’ (= luchar), ‘*waro*’ (la lucha), palabras godas y probablemente raíz etimológica de ‘guerra’, (Compárese ‘*war*’, ‘*warrior*’ en inglés). Su significado original es acción violenta de defensa. Además, guerra es de género femenino: la guerra como *die Wehrmacht*, *die Bundeswehr*, *die Feuerwehr*, etc., en alemán moderno. Todas estas palabras contienen la misma raíz, que significa defensa.

La mariquita del pequeño cante popular no vuela hacia la libertad sino que se encuentra pobre y abandonada y su único refugio es la capacidad de todos los pequeños y débiles de hacerse más pequeños todavía, invisibles

para que no les alcance la violencia que ya se ha tragado a sus padres. Es una metáfora conmovedora de los niños de la guerra, abandonados a su suerte. Sin embargo, la cálida voz de la madre que canta esta canción popular, consuela al pequeño en su cuna: no te pasará a ti lo que le ocurre a la pobre mariquita, tienes quien te protegerá de todos los desastres.

La canción tiene su origen en una de las mayores catástrofes de la historia de Europa Central: la Guerra de los Treinta Años. Un auténtico *Krieg*, de éstos que causan escalofrío a los histo-

riadores que de «Él» se ocupan. Los desastres de los años 1618-1648 están grabados en la memoria colectiva de los alemanes.

Y no es de extrañar. Hoy se calcula que la gran quema de que habla el texto de la canción de cuna se había tragado dos tercios de la población. Resultado político: Alemania desapareció prácticamente del escenario político y cultural europeo durante casi trescientos años. Lo demuestra así el soneto del poeta Andreas Gryphius dedicado a su ciudad natal, Breslau, en Silesia (hoy en Polonia):

Lágrimas de la Patria (1636)¹

Ahora sí que nos encontramos destruidos:
 La soldadesca violenta, el furioso trombón,
 La espada sangrienta, el trueno del cañón,
 Han consumido nuestras reservas, esfuerzos y sudor.

Las torres incendiadas, la iglesia arruinada,
 El palacio caído, la muralla destruida,
 Las doncellas violadas y, hacia donde miramos,
 Hay fuego, peste, muerte que sacude el corazón.

Durante seis veces seis años
 La sangre ha corrido por esta ciudad,
 Y nuestros ríos, cargados de muertos,
 Pasaron lentos en soledad.

Y no hablo de lo que es peor
 Que muerte, hambre y enfermedad,
 Del tesoro de infinito valor:
 Perdimos el alma y nuestra humanidad.

Las pasiones que habían desatado los perros de la guerra fueron las mismas de siempre. Hoy diríamos que fue debido a los fundamentalismos religiosos de la época, a las rivalidades de las grandes potencias, al deseo de acumulación de poder tanto de las dinastías rivales como de individuos ambiciosos.

¿Quién puede olvidar los nombres de los actores responsables?:

Generales como Wallenstein, Tilly y Oxenstjerna, Octavio (el padre) y Maximiliano (el hijo), Piccolomini; cabezas coronadas como Fernando II de Austria, Gustavo Adolfo de Suecia, Felipe III de España, Maximiliano I de Baviera y los ilustres Reyes de Francia. Políticos tan hábiles como el Cardenal Richelieu y el Conde Duque de Olivares. No olvidemos a los actores a distancia: el imperio Otomano y el Papa. Intervinieron también los muertos: Lutero, Calvino, Jan Hus. Ellos habían preparado la munición metafísica para la contienda y los himnos que ahora servirían para morir mejor: Liga Católica, Unión Protestante, ambos esperando para pasarse de los sermones a los hechos. Los arcabuces estuvieron bien cargados con pólvora teológica.

Sí, y, naturalmente, los soldados de casi toda Europa; entre ellos, muy numerosos, los tercios de España. Mercenarios, voluntarios, empresarios de la guerra, y, todos, ávidos de botín, de fama y de aventura; casi todos indiferentes ante el dolor ajeno.

El mundo cambia menos de lo que pensamos los que estamos absorbidos por los conflictos del día de hoy. El hoy se nos hace a veces un eterno presente, el pasado no cuenta.

Andreas Gryphius no escribió un poema pacifista. Simplemente recuerda a sus lectores el precio que tienen que pagar los hombres cuando les toca convivir con el trombón, las

banderas, las espadas y los cañones. La guerra para Gryphius es un terremoto de la historia. Nadie la puede parar. La conclusión de este poema no es la protesta, la manifestación de un sabio sabelomejor sino el silencio y, muy probablemente, la oración: ¡De las guerras y persecuciones, líbranos, Señor! Gryphius mantiene la esperanza de que todas estas víctimas no estén olvidadas definitivamente. No sean solamente cadáveres tirados a los ríos. No se debe leer el soneto como documental o crónica. Es una voz humana que se expresa en el lenguaje del arte barroco.

Al autor del poema le preocupa lo que al comentarista moderno en general le tiene sin cuidado: la humanidad, el alma de las víctimas. La muerte terrible que sufrieron no les quita esta dignidad que nace con todos los seres humanos. La pierden sólo aquellos que prescinden de ella ellos mismos. Este recurso es la fuerza que le hace capaz de escribir un poema en lugar de hundirse en la desesperación. La vida sigue siendo bella. El mismo estilo barroco es una respuesta a una realidad apremiante, desoladora.

En el recuerdo colectivo, de manera casi subconsciente, permanece algo de esta experiencia histórica. Mi madre me había cantado cuando era pequeño:²

¡Duerme, mi niño!
 Afuera corre el viento,
 Afuera anda el Ochsenstern
 Que se come a los niños.

La naturaleza y la historia viven bajo el reino de la violencia. Los humanos vivimos bajo un precario techo de cultura y civilización. Un techo que se puede resquebrajar a cada momento. Las generaciones anteriores a la nuestra tuvieron un natural conocimiento de esta vivencia histórica. Me parece necesario recordarlo.

¿Quién sería este monstruo tan enigmático, llamado Ochsenstern? Muchos niños se habrán hecho esta pregunta como yo: 'Ochse', en alemán, es un buey. Es poco verosímil que un animal tan pacífico se vuelva carnívoro comiendo a los niños chicos. Efectivamente. Estudiando historia aprendí que el general Oxenstjerna, general del ejército protestante del rey Gustavo Adolfo de Suecia era uno de los Señores de la Guerra de los Treinta Años después de la desaparición de su monarca.

En el año 1636 Gryphius menciona las tres veces seis años como los ciclos apocalípticos del evangelio. A la guerra le quedaría aliento por dos veces seis años más. Lo peor estaba aun por llegar, ya que no solo Pomerania y Silesia, también se quemarán casi enteramente Bohemia y Suabia, Franconia y Brandenburgo. No siguió ningún «milagro alemán». La reconstrucción y recuperación duró más de dos siglos enteros.

¿Cuántas «mariquitas» habrían volado a los bosques, a las montañas? No lo sabemos. Conocemos un documento literario: el famoso *Simplicius Simplicissimus*, novela picaresca de Grimmelshausen. Se trata de una especie de «Lazarillo alemán». Simplicius, finalmente, es un vencedor. Así lo describe su autor. La historia ha olvidado a los que perdieron. Yo espero, como Andreas Gryphius, que no hayan sido olvidados. La prensa casi diariamente nos habla de los innumerables niños de la guerra. Sabemos que hoy «las mariquitas» siguen volando hacia su triste destino, y —en el fondo— somos tan impotentes para impedirlo como lo fue Andreas Gryphius más de trescientos años atrás.

Notas

1. Traducción del autor.
2. Es un documento personal de la región de Hessen, devastada por el ejército de Suecia principalmente.